

Buitres

María Fernanda Ortiz Benavides

Estudiante de Fisioterapia

Primer puesto

¡Encontraron el caballo de Horacio Carrión! Deambulaba en extremo flacucho el animal, y arrastraba consigo una estaca atada al final de un lazo largo. Del tal Horacio no se sabía hace ya días; Rafael, un hombre que le había prestado dinero, pregonaba con seguridad que Horacio había huido y, en consecuencia, pretendía darle caza. Al ver a su caballo se desató el misterio; el animal había bajado de las cruces en busca de agua, cosa bastante obvia, pues nada más encontrar un pequeño estanco se había parado allí a beber para saciar su sed. Bebió el agua suficiente y, recogiendo sus pazos, subió nuevamente la colina. Los curiosos empezaron pues a seguir al animal. Más y más se habían ido sumando a la procesión que encabezaba el equino, pues al reconocerlo, reconocían también a su dueño.

El caballo por fin sentó el paso y se aplacó tras llegar al pie de un pozo sin tapa; se echó sobre el pasto casi inexistente y descansó. Intrigados, vieron la escena: un caballo medio muerto yacía echado cerca al pozo en un llano talado a punta de mordiscos del mismo animal. Era innegable que alguien había estacado al caballo en el lugar; a saber, si el mismo Horacio, para perder su huella y dejar tras él solo intrigas.

Cuando Rafael, al que Horacio debía dinero, se acercó para tomar el caballo, un olor le invadió la nariz y le encharcó los ojos. ¡Vaya si el olor era fuerte! como si el pozo le llamara, irguió su cuello y agachó sus ojos al largo túnel. En el fondo, un cuerpo flotaba; Rafael, con los ojos desorbitados, retrocedió dos pasos y exclamó: “¡Hay un cuerpo!” anunció, sorprendiendo a la multitud. La mayoría de los allí presentes echaron un vistazo sobre el hombre y después echaron la vista en derredor para anunciar la aún más extraña situación: “no hay un solo buitre”, dijeron algunos entre susurros; otro, más amigo suyo, corrió a la boca del pozo, para ver; pronto, el olor también le golpeó con estridencia; vio pozo abajo y, en efecto, allí había un cuerpo.

Entre todos los presentes empezaron a acercarse al pozo con la intención de ver quién habitaba el lugar, aunque lo hiciera ya muerto. Carrascal sugirió a Rafael llamar a la policía; este último, presentando la idea como suya, se dirigió a todos los allí presentes - ¡llamen a la policía! habrá que sacarlo de allí - exclamó.

Nadie quiso moverse del lugar... hasta que, pasados algunos minutos, casi como intuyéndolo, un policía, al parecer bastante novato en el cargo, arribó a las cruces y vio la escena.

Rafael entonces, en complicidad con los otros, empezó a convencer al novato de que lo mejor que podrían hacer en esta situación sería sacar el cuerpo del lugar. Carrascal reía irónico; la idea había sido suya, pero el crédito era de Rafael. El policía, inexperto, lo dudó, pero ante la insistencia de Rafael y de los demás, aceptó casi sin dificultades.

– ¡Claro, hay que sacarlo!, asintió junto con la multitud, como si la idea fuese suya también.

Entonces, de entre la masa homogénea destacó uno más: su amigo. – “¡NO!”, dijo con fuerza Alfonso; “no lo saquen”, negó.

– ¿Por qué no quieres que lo saquemos? preguntó Rafael.

– Porque eso deben hacer los investigadores; mejor, llamen a uno.

– ¿No será más bien que temes que lo saquen porque has tenido algo que ver?, dijo Rafael.

– ¡Bajo ninguna circunstancia!, no tengo razón alguna para matarle y menos aún, si ustedes saben que él y yo éramos amigos.

– ¿Pero el dinero que me pidió prestado?, tú sabrás dónde lo tiene o, si acaso, lo invirtió.

– Yo no sé nada de eso, exclamó Alfonso.

– ¿Seguro?, dijo Rafael, cuestionándolo y mirándolo con detenimiento y de pies a cabeza.

– Igual, no pueden sacarlo; dijo de nuevo Alfonso; no tienen las herramientas para hacerlo; entonces, sería mejor esperar.

– ¡Yo tengo un lazo!, dijo Rafael.

– ¡Qué oportuno!, susurró en voz alta la mujer que, en vida, fue su amada.

– ¿Por qué oportuno, María? preguntó Rafael

– ¿No querrás acaso, que las huellas de todos queden en el difunto para evitar que reconozcan quién lo hizo?, dijo María.

– ¿Acaso querrás tú dejarlo allí abajo para que los indicios que haya se desvanezcan?, dijo Rafael.

– María, nerviosa, miró a Alfonso y este la tranquilizó. -Entonces, hagan lo que quieran, concluyó María.

Todos giraron la cabeza hacia el policía novato que se hallaba totalmente estático en medio de la escena, como esperando que se impusiera orden con

su sola presencia. Al ver a la multitud exigiéndole que hiciera algo a través de miradas lascivas dijo, fingiendo una voz gruesa:

- ¡A callar! Vamos a sacarlo. ¡Y punto!, asumió con falsa autoridad.
- Será suficiente una sogá, pensó Rafael. ¿Alguien más tiene una sogá?
- ¡Yo tengo una!, dijo un empleado de Rafael, que había seguido también al caballo y estaba cerca.
- ¡Qué oportuno!, dijo ahora Alfonso, con un tono más bajo, pero igual de irónico.
- ¡Qué extraño!, el amigo y la mujer del muerto... insinuaba Rafael, sin ser totalmente claro.
- Necesitamos un voluntario, solicitó Rafael, viendo al público.
- La idea de sacarlo es tuya, ¿por qué no lo intentas tú?, propuso Alfonso.
- Yo mismo lo haré, entonces, contestó desafiante.

Hizo un nudo ballestrinque que fijó a un árbol medianamente lejano, y se suspendió en la boca del pozo para ejercer una presión constante. Comenzó a bajar por el pozo; cuando, pasados algunos momentos, haló la cuerda y gritó para que lo sacaran de ahí, el hombre salió palidezco y, ni bien arribó a la boca del pozo, se puso de rodillas y vomitó.

- No era tan fácil ¿no?, dijo Alfonso.
- Deja de burlarte; si quieres, inténtalo tú.
- La idea de sacarlo es tuya; ¿por qué habría de intentar semejante tontería?

Sin acabar de escuchar a Alfonso, Rafael gritó:

- ¡Carrascal!, llamando al hombre, empleado suyo, que le había facilitado la segunda sogá; ¡Baja tú!, ordenó.

El hombre aceptó sin dilación y se dispuso, pero primero, ató una camisa a su cara para poder aislar su nariz del olor y empezó a descender; la luz le abandonó: -está oscuro- dijo; bajó lo suficiente...

- ¡Tiren la otra sogá con el nudo!, pidió.

Esta vez el nudo era corredizo; el lazo tenía que envolver al cuerpo; Carrascal, ya casi sin aire, gritó:

- ¡Sáquenme, me estoy ahogando!

Cuando Carrascal arribó ante los ojos del gentío, todos lo miraron expectantes, preguntándole con los ojos. Él, entendió la pregunta y afirmó: “está muerto”.

Los hombres arriba se apilaron en una fila corta de cuatro o cinco y, dispuestos a la tarea, halaron la cuerda con fuerza; uno y otro, al sentir el peso y empeñar tanto esfuerzo, perlaron sus frentes con sudor. El policía, que no había hecho nada más hasta entonces, se formó de primero y empezó también a hallar la cuerda.

¡Halen!, dijo, tratando de aparentar fuerza y darle orden al grupo descoordinado. De repente, el policía soltó la cuerda de golpe; la misma se deslizó entre los dedos de los otros, quemándolos.

- ¿Por qué la sueltas, imbécil? encaró Rafael.
- ¡Me cansé! dijo el hombrecillo.

Volvieron a embestir, halando la cuerda. Al fin salió a la superficie el cuerpo algo maltrecho, con las ropas humeadas; Carrascal, el policía y Alfonso lo pusieron a un lado del caballo. María tapó pues su cara; todos vieron el gesto, como si fuese la culpa de una amante que había cometido un error grave.

Rafael tocó los bolsillos del muerto para constatar con un resquicio de esperanza que allí estuviese el dinero que acababa de prestarle. Surgió en otros la idea de que Rafael, siendo el asesino real, había optado por fingir sorpresa y buscar aquello que sabía que no encontraría, pero esta opción tenía mucho menos sentido; ¿para que querría matar al hombre que acababa de prestarle dinero?, hasta que su empleado, Carrascal, soltó una imprudencia que caldeó el ambiente:

- Será, buscar pertenencias tuyas, algo que pueda pagar lo que le deben, patrón.

Entonces, retronaron los murmullos de unos y otros: ¿será Rafael?, ¿serán Alfonso y María? Un hombre viejo habló, como si quisiera total atención de las gentes: el picor que se siente no es el olor de un cuerpo en descomposición, sino el del azufre. En este monte de las cruces no sería el primero que se enemistó con el diablo. En aquel momento, el muerto arrojó un quejido.

La gente empezó a abandonar el lugar con miedo, incrédulos ante lo que acababan de escuchar. El muerto entonces tosió y todos, con agilidad, desaparecieron colina abajo; solo quedaron las personas más interesadas en el muerto.

Al vernos solos los cómplices en el lugar, nos reunimos en torno al muerto que me pidió el dinero y lo repartí a partes iguales entre el viejo, Carrascal, Rafael y yo.

El viejo me agarró las manos y me sugirió, casi como una súplica, que no siguiese los pasos de Horacio; yo le agradecí como era debido. Carrascal corrió para alcanzar a su patrón, visiblemente turbado. Alfonso y María debían volver al pueblo para no levantar sospechas. Y el viejo se marchó caminando, no sin antes pedir un poco más de dinero. Parece, me dije, que los buitres sí abundaban, aun en la ausencia de animales carroñeros.

Toqué mi bolsillo para constatar que el tesoro robado aun me acompañaba y entonces, reí.